



Homilía

Solemnidad de la Inmaculada Concepción de la Virgen María

Catedral, Jerez 8 de diciembre de 2010

Excmo. Sr. Deán; Sr. Vicario de Pastoral; hermanos sacerdotes; religiosos/as; seminaristas; Sr. Presidente de la Unión de Hermandades; Sres. Representantes de Instituciones, Asociaciones y Parroquias Diocesanas; queridos jóvenes, amigos y hermanos todos en el Señor:

Esta celebración de la Inmaculada tiene un carácter especial, pues encomendamos a nuestra Patrona la preparación y la celebración de la próximas Jornadas Mundial de la Juventud. Es ése el motivo de haber convocado hoy a toda la Diócesis, a los jóvenes, a los voluntarios que irán por todas las Parroquias preparando y animando dichas Jornadas. Es mucho lo que está en juego. Como nos ha recordado el Santo Padre en su última visita a España, nuestra Iglesia necesita enamorarse de la evangelización. Nuestra sociedad demanda una Iglesia dispuesta a obedecer a María que nos dice **"Haced lo que Él os diga"**. Una Iglesia que venere a la Madre de Dios en su Inmaculada Concepción.

Proclamar a María Inmaculada es, como dice la carta a los Efesios, afirmar que, **«en la persona de Cristo»**, Ella fue bendecida plenamente con toda clase de bienes espirituales y celestiales; fue elegida para ser santa e irreprochable por el amor; fue destinada a la plenitud de la gracia. Proclamar a María Inmaculada es tener claro que nosotros estamos llamados a ser **"hijos de María"**.

Es verdad que por genética somos **"hijos de Eva"**, pero por adopción somos hijos de María. Y, como nos sigue diciendo el Apóstol, somos hijos de María, "en la persona de Cristo". Porque es **"en la persona de Cristo"** en la que los cristianos nos sentimos llamados, elegidos y destinados a la plenitud de los hijos de Dios. Por tanto, hermanos, proclamar a María como Inmaculada es poner ante nosotros dos formas de vida. La vida según Eva o según María. Profundicemos en las lecturas de hoy y descubramos el gozo de ser hijos de María y **"coherederos de Cristo"**.

Hijos de Eva

Para el escritor bíblico, la serpiente representa en último extremo la amenaza en la que vive el hombre, y su abandono. Representa el poder de la muerte, el cual nos puede afectar en todas partes; nosotros tratamos de pisotearla, y, sin embargo, no podemos dominarla. La serpiente simboliza asimismo el poder del pecado, que abre la puerta a la muerte. ¿Y cuál es el pecado que trae consigo la serpiente?

El pecado de Adán y Eva consiste sustancialmente en una decisión soberbia de autonomía, que suplanta a Dios, considerado como rival del hombre. Lo ofrecido por la serpiente —**"seréis como dioses"** (Gén 3,5)— es en la práctica la muerte de Dios en el corazón del hombre, pues su mandato de no comer del "árbol del bien y del mal" es sentido como una imposición moral que quita libertad al hombre. El pecado es no fiarse de Dios y colocarse fuera de su influjo en un intento de titánica autosuficiencia. La conversación de Dios con Adán y Eva refleja la situación del hombre autosuficiente: tiene miedo y huye de Dios, se oculta ante él y ante los demás. Vive en soledad, acusando al otro de todo y justificándose continuamente. Vive en angustia pues no soporta todo aquello que le recuerda que está desnudo, que es finito, que es débil; en definitiva, lo que le recuerda que el intento de ser como Dios es una mera realidad virtual, un auténtico engaño en el que ha caído obedeciendo a la serpiente.

Pues bien, no está lejos lo contado en el Génesis con lo políticamente correcto en nuestra sociedad en la que se quiere imponer la negación de Dios, presentándolo como enemigo del hombre. Se niega a Dios, se niega la verdad y se afirma un materialismo y un subjetivismo absoluto, que desemboca en lo que Benedicto XVI ha denominado "la dictadura del relativismo".

Ahora la verdad la determina el consenso, resquebrándose así la fuerza moral. El hombre queriendo ser como Dios comió del árbol del bien y del mal difuminando el bien, que ahora debe venir establecido por la opinión

mayoritaria. No es la verdad la que crea el consenso, sino que es el consenso el que crea la verdad y el bien. La mayoría determina qué es lo que debe valer (estar vigente) como verdadero y como justo. Matrimonio y familia quedan sustituidos por múltiples formas de convivencia, que nada tiene que ver con el matrimonio. La vida humana es algo de lo que se puede disponer: el aborto y la eutanasia pasan a ser unos derechos de los ciudadanos.

En definitiva, el ser humano cae en la tentación de querer hacer su vida sin Dios, se rebela contra su creador y entra en el drama del pecado que nos separa de Dios y nos enfrenta a los unos contra los otros.

Hijos de María

Pero no hemos venido aquí para contemplar a Eva, sino a María. En la lectura del Génesis, descubrimos que lo último no es el acechar de la serpiente de la muerte, sino su aplastamiento, y que, en definitiva, lo que triunfa es la victoria de la vida. La sentencia de muerte sobre el hombre es ocasión del mensaje mesiánico, en el «proto-evangelio». A este primer evangelio pertenece la **“mujer”**, pertenece María: Ella es efectivamente la **«madre de los vivientes»**. En Ella la serpiente no ha tenido parte. El pecado y el mal no tienen, por tanto, la última palabra. Dios, empeñado en recuperar la amistad con el ser humano, ha querido hacerse **“uno de nosotros”**. Y para eso necesitaba la colaboración de una joven, de María de Nazaret.

Era muy joven cuando el ángel Gabriel le dice **“¡Alégrate... el Señor está contigo!”**. Dios necesita la libre colaboración de una joven para realizar su plan de amor y salvación. Hoy Dios también necesita vuestra colaboración, queridos jóvenes, para que el mundo experimente el amor del Padre, para que nuestra sociedad se abra a Jesucristo, y para que todos seamos constructores de unidad movidos por el Espíritu Santo y puentes para una civilización nueva. Y para ello tenemos que aprender de María.

Es por tanto a ella, a la Virgen Inmaculada a la que hemos de mirar, si queremos vivir nuestra humanidad en plenitud, si queremos ser realmente libres. Como nos enseña Benedicto XVI, en su reciente Exhortación apostólica *Verbum Domini*

«La realidad humana encuentra su figura perfecta precisamente en la fe obediente de María..., enteramente disponible a la voluntad de Dios».

Porque como bien nos narra Lucas, Ella es lo contrario de Eva porque en María no prevalece el pecado, sino la adhesión cordial al querer de Dios. Ella manifiesta la perfecta disponibilidad de la **“esclava del Señor”** (Lc 1,38), que se abandona confiadamente a Dios y arriesga la existencia obedeciendo su Palabra.

Ahora con María es posible decir: **«Hágase en mí según tu Palabra»**. Ahora es posible siguiendo la voluntad de Dios, comer del árbol de la vida y así superar el gesto de Eva, que se dedicó a aquello que era un placer para la vista (Gn. 2,6) y que luego se convirtió en el fruto de la muerte. Entre ambos árboles, entre ambos frutos, entre el ser dominados por el **«placer de la vista»** o “concupiscencia de los ojos” y la apertura de la voluntad a la Palabra de Dios, nos hallamos nosotros.

Por tanto, hermanos, seamos hijos de María, vivamos en la fe en Cristo Jesús y hagamos lo que Él nos dice. Ante el mundo autosuficiente, que identifica la libertad con el egoísmo y el placer, María nos presenta el camino de la auténtica libertad a través de la humildad y de la plena obediencia a Dios. Ponerse completamente en manos de Dios, es encontrar el camino de la verdadera libertad. Porque, volviéndose hacia Dios, el hombre llega a ser él mismo. Encuentra su vocación original de persona creada a su imagen y semejanza.

Por tanto hermanos, escuchemos a María decirnos **“haced lo que Él os diga”**. No tengáis miedo. Igual que a María, a nosotros se nos concede la fuerza del Espíritu Santo. Dios necesita de cada uno de nosotros; abramos de par en par las puertas de nuestro corazón a Cristo. No permitamos que el pecado, la indiferencia o el egoísmo nos impidan escuchar su voz que nos llama a colaborar con Él. Dios quiere ser en verdad: **“Dios- con- nosotros”**. Es por eso que nos invita a vivir en la verdad y en la humildad, camino que ha abierto para nosotros su Hijo, nacido de las entrañas virginales de María.

Pidamos a nuestra Bendita Madre la Inmaculada Concepción que nos ayude a seguir a su Hijo y que, frente a un mundo engañado por la serpiente que nos acosa con la seducción de comer del fruto de la soberbia y del egoísmo, nosotros podamos con Ella proclamar las **“grandezas del Señor”** viviendo en la humildad, la obediencia a la Palabra de Dios; en la oración, en el servicio y en el amor.

+ José Mazuelos Pérez
Obispo de Asidonia-Jerez